

*Importancia de los elementos estructurales
y ritmos vitales en la transformación
y diversidad de escrituras antiguas,
medievales y modernas.
(Siglos VI A.C.-XVIII D.C.)*

INTRODUCCIÓN

El hombre, en razón de su entidad constitutiva, piensa y, mediante el proceso intelectual-volitivo y psicosomático, materializa y expresa sus conceptos, sus deseos y vivencias. Y esto lo consigue, fundamentalmente, a través de dos lenguajes perfectamente armonizados entre sí, el *hablado*, vinculado a distintos movimientos de la boca, de la lengua, garganta y paladar, estómago y respiración, y el *escrito*, dependiente de la voluntad y del subconsciente y en relación directa con la intervención de los ojos, músculos, nervios, dedos de la mano, útil de escribir, material soporte o receptor y con otros factores de orden cultural, fisiológico, estado psicosomático, etc., inscritos en el llamado «ritmo genérico de la escritura».

En este proceso, aparte de la velocidad, duración, presión o intensidad y cohesión (ligado), hay que destacar la técnica escrituraria o ritmos mecánicos y los vitales o individuales.

Los *ritmos mecánicos* escriturarios, por estar conectados con los signos gráficos y formas modélicas de las letras, son bastante uniformes y constantes y tienden a expresar de modo legible la comunicación escrita.

Los *vitales*, en cambio, por tener carácter individual, son humanos, personales, variables... y están relacionados con factores fisiológicos (corazón, respiración, edad...) y psicológicos (pensamiento, palabra, estado anímico, carácter, nerviosismo, emocionalidad...) Este ritmo individual y variable —por depender de múltiples factores no mecánicos— es el que mejor caracteriza y distingue el grafismo, ya que en la imagen gráfica, de aspecto regular o irregular, aparte de las reacciones y emociones del hombre, se registra también la decisiva rela-

ción entre la voluntad y la parte sensible, emocional y nerviosa de la persona.

Por ser la escritura imagen gráfica del lenguaje hablado y depender su fijación y componentes gráficos de factores psicosomáticos, fisiológicos, culturales... y de técnicas distintas en relación con los tiempos, circunstancias y personas, a lo largo de este trabajo intentamos analizar y explicar la importancia de los ritmos mecánicos y vitales que subyacen, no en escrituras personales, indentificadas y atribuibles, sino en grupos amplios y representativos, tanto de modelos romanos como medievales y modernos, con una amplitud temporal que abarcaría desde algunos siglos antes de nuestra Era hasta el siglo XVIII.

Pienso que al nivel cultural y al grado de habilidad del escribiente junto con los ritmos vitales de tipo personal, se debe —en buena parte— tanto la evolución y transformación de la escritura como su diversidad y pluralidad.

La génesis, evolución e interpretación de la escritura occidental, heredera inmediata del mundo greco-latino a través de los fenicios etruscos y demás colonias asentadas en Italia y riberas del Adriático varios siglos antes de Cristo, es uno de los capítulos más interesantes de la historia de la cultura.

Por otra parte, la historia de la escritura —tomada ésta no sólo como instrumento gráfico de comunicación y medio apto de representación de las ideas y plasmación del lenguaje oral mediante signos alfabéticos, sino también como movimiento escritural sujeto al doble principios de expresión (voluntad, instintos e impulsos) y representación (subconsciente) ofrece aspectos materiales y formales vinculados entre sí y, al mismo tiempo, distintos y perfectamente definidos,, v. gr., el histórico-cultural, el psicológico, grafológico, lingüístico, crítico y fisiológico, por citar los más destacados. De ahí que, en la actualidad, la escritura pueda considerarse objeto común de disciplinas tan distintas como son la Paleografía, la Grafopsicología, la Filología (Lingüística), la Grafología y la Diplomática.

Tanto el historiador como el paleógrafo, el psicólogo, el filólogo, el grafólogo y el diplomata trabajan en un mismo campo y se ocupan de algo común: la escritura, pero cada uno de éstos opera sobre ella y la analiza con métodos y técnicas diferentes y, sobre todo, con finalidades distintas, fijándose en uno o varios de los aspectos y facetas integrantes del grafismo.

Esta diversidad de aspectos subyacente en la escritura explica —como acabo de indicar— la pluralidad de objetos formales y específicos de ciencias distintas, pero íntimamente vinculadas que parten de un «substratum» común y básico: los signos gráficos.

Los monumentos más antiguos en caracteres latinos, grabados o escritos en materiales duros y semiduros, conforme a la costumbre hebrea, es decir, de derecha a izquierda y a «bustrophedon» o en la forma actual, de izquierda a derecha, se remontan a varios siglos antes de nuestra Era y presentan un marcado carácter arcaico en cuanto a las formas, más en consonancia con las inscripciones lapidarias y parietales que con las escrituras clásicas adoptadas para la producción libraria y documental, fijada en soporte blando: papiro y pergamino, o semiblando: tablillas enceradas, terracota, greda y barro mollar.

La escritura de los códices y documentos más antiguos (en caracteres mayúsculos y minúsculos), aunque estática, es mucho más ágil y viva y, sobre todo, más menuda y cursiva que cualquiera de los letreos epigráficos.

Los elementos formales del grafismo de cada una de estas escrituras —y lo mismo cabe decir de las correspondientes a los ciclos medievales, período renacentista y épocas moderna y contemporánea— constituyen la parte esencial y secundaria de las letras. Estos elementos esenciales, magistrales o constitutivos, junto con los accidentales, se denominan a), *trazos*: rectos, curvos, cóncavos, convexos, mixtos, y b), *rasgos*: iniciales, finales y de enlace.

Los trazos, calificados de elementos esenciales o constitutivos de las letras, suponen materiales básicos, si no idénticos, al menos comunes e irremplazables, pero a la hora de clasificar y analizar la escritura y el proceso escritural hay que dar mucho más valor e importancia al modo y disposición de acoplamiento, es decir, a los elementos estructurales: distribución del espacio, módulo, diferencias en largos, formato, grado de unión, presión, velocidad, regularidad y proporcionalidad, que a los propios elementos constitutivos.

La razón de la primacía de lo estructural sobre lo constitutivo en cualquier tipo de escritura está, precisamente, en que aquella faceta representa el aspecto vivo, cambiante y personal del grafismo, mientras que lo constitutivo o esencial responde a la parte estática y menos *dinámica del proceso escriturario*.

No quiero concluir este perámbulo introductorio sin advertir que las consideraciones y puntos de vista que a continuación expongo han de ser necesariamente generales, ya que responden no a escrituras personales e individualizadas, sino a los principales y más caracterizados grupos de cada ciclo.

A) *Epoca antigua (s. VI a. C.-V d. C.)*

La escritura romana, utilizada como escritura universal hasta la caída del Imperio (s. V) en todas las provincias vinculadas a la «ro-

manidad» (derecho e instituciones romanas y lengua latina), adopta, en razón del módulo y cursividad, tres tipos principales: mayúsculo, minúsculo y cursivo, dividiéndose cada uno de ellos en subtipos o especies cuando alcanzan un grado suficiente de desarrollo y tipificación. Este es el caso de la letra «*capital*»: rústica y cuadrada o elegante; «*uncial*» y «*semiuncial*» —todas ellas mayúsculas—, y «*cursiva*», tanto libraria como documentaria.

En la medida en que la escritura, por razón de su propia naturaleza y técnica, permite indistintamente el trazado mayúsculo y minúsculo y su ritmo es veloz, se hace inevitable la desigualdad de las letras y anchos y surgen, como efecto de la cursividad y rapidez, los ligados.

En estos tipos escriturarios —de autor desconocido, rígido canon modélico y técnica escrituraria especial por razón del instrumento de escribir y del material soporte— predomina más lo impersonal y estático que lo dinámico y personal y, a la hora de analizarla, hay que tener en cuenta, fundamentalmente, la forma y las dimensiones de las letras, el ductus, es decir, el modo o manera esmerada y lenta o, por el contrario, descuidada y rápida, puestos en su ejecución, el trazado o conjunto de trazos o golpes de pluma (estilete o cincel) de que se compone cada signo y el orden en que éstos se dieron.

El análisis paleográfico realizado por paleógrafos e investigadores internacionales, pertenecientes a las Escuelas y Universidades más célebres de Italia, Francia, Alemania, Austria, Inglaterra, España... de los siglos XVIII-XX, v. gr., E. Hübner, A. E. Löwe, G. F. Warner, R. Cagnat, J. Mallon, R. Marichal, Ch. Perrat, L. Schiaparelli, E. Monaci, G. Marini, V. Federici, F. Bartoloni, G. Battelli, G. Cencetti, F. Steffens, W. Wattenbach, M. Gómez Moreno, J. M.^a Navascués, A. Millares Carlo, T. Marín... da preferencia a los elementos esenciales: forma de los signos o letras, ductus y trazado, pero advirtiendo que los llamados elementos auxiliares: técnica escriptoria, material soporte, instrumento de escribir, nivel cultural, finalidad del escrito, gustos e iniciativa particular, cursividad y ligados, etc., en determinados momentos, son factores tan importantes como los constitutivos o esenciales, máxime a la hora de localizar —en el espacio y tiempo— escritos dudosos (en cuanto a atribución, escuela, época, lugar, autor...) o cuando se trata de descubrir posibles errores cometidos en la transcripción de textos antiguos.

La consideración del formato y módulo, ductus y trazado —afirma el profesor Cencetti— es sumamente importante, ya que en la mayoría de los casos del trazado y orden de composición de las letras depende la explicación de los sucesivos cambios operados en el espacio y en el tiempo. («*Lineamenti di storia della scrittura latina*», pp. 51-54)

Pero existen otras alteraciones y cambios más profundos y radicales en el trazado escritural —añde el doctor G. Battelli— que hay que atribuirlos, como en las escrituras antiguas, a los ligados y fusiones de letras y palabras contiguas que se unen de modo natural y espontáneo como efecto de la cursividad y dinámica de la escritura y, no menos, a la técnica escrituraria, al ambiente cultural, gustos de la época e iniciativa del que escribe (*«Lezioni di Paleografia»*, páginas 44-48).

La función del investigador —llámese paleógrafo, grafólogo, filólogo o diplomata— con relación a escrituras que por su rareza, antigüedad y grado de evolución técnica, cultural y gráfica pueden considerarse estáticas, es triple: leer, interpretar y analizar gráficamente los signos escriturarios.

Los paleógrafos y estudiosos de la vieja escritura romana han dado mucha más importancia al aspecto histórico-cultural e interpretativo que al grafológico y, por eso, se han fijado más en los elementos esenciales o formales que en los estructurales y, muy poco, en las motivaciones naturales y subjetivas que, en muchos casos, son factores decisivos y de capital importancia en los cambios, alteraciones, tipificación y diversidad de las escrituras.

El escaso dinamismo gráfico, la poca iniciativa individual y, con mucha frecuencia, la falta de concreción en cuanto a autor, escuela y lugar, apreciados en la escritura latina lapidaria (epigráfica), codicológica (manuscritos) y documental de estos primeros siglos (documentos histórico-jurídicos) dificultan, cuando no impiden, el riguroso análisis grafológico y psicosomático de los movimientos escriturales (fisiología del movimiento y del cerebro), resultando casi imposible establecer científicamente los fundamentos de relación entre el carácter de la escritura (signos) y el carácter del escribiente (caracterología).

Por pertenecer la escritura antigua a pueblos tan lejanos y a épocas y culturas tan distintas de las nuestras y, sobre todo, por desconocerse por completo la interrelación entre disposición innata del que escribe y su aptitud vital adquirida, es preciso tener en cuenta las circunstancias externas impuestas al escribiente antiguo, que unas veces proceden de los instrumentos gráficos usados, según el lugar y el tiempo, otras del modelo escritural y, las más, del nivel cultural y capacidad de manejo (agilidad) del que escribe.

Los modelos antiguos, cuando son muy cuidados, presentan grafismo escolar. Su trazado, proporcionado y regular, concuerda más con el diseño y dibujo imitativo que con la expresión creativa y dotada de originalidad.

Acometer la interpretación de la escritura romana mirando exclusivamente a su propia representación gráfica, sin tener en cuenta

otras motivaciones, conocimientos y circunstancias, es partir hacia la conquista de la verdad con un bagaje harto exiguo.

B) *Periodo medieval (s. IV-XII)*

A este segundo ciclo corresponden, tanto las llamadas «escrituras nacionales»: *merovingia* y *precarolina* (Francia, Alemania, Austria, Suiza), *lombarda* y *beneventana* (norte de Italia y principado de Benevento), *visigoda* (España y Portugal) y *anglosajona* e *insular* (islas Británicas), como la «*carolingia*». Por razón del tiempo abarcaría la escritura correspondiente a los siglos VI-XII de nuestra Era.

La unidad cultural, administrativa, legislativa y grafo-lingüística mantenida durante siglos por los romanos en todo el Imperio se resquebraja, primero, en el orden político, al invadir los «bárbaros» (a. 476) el Imperio y, después, en el cultural (s. VI-VII), al incidir estos extranjeros en las dos articulaciones más representativas del mundo cultural latino: la lengua y la escritura.

La unidad gráfico-lingüística —más o menos arraigada en los distintos pueblos— estaba fundamentada en la tradición latina, base aglutinante del conjunto de pueblos y provincias sometidos a Roma. Sin embargo, en cada uno de estos pueblos y provincias del antiguo Imperio y aún antes del asentamiento y dominación de los «bárbaros» existían ya gérmenes de diferenciación fonético-lingüísticos y escriturarios, debidos a la naturaleza, ideología, carácter, costumbres, arquetipos fonéticos, situación geográfica, social, política, etc., de cada pueblo.

A medida que se extinguen los contactos con Roma —cabeza rectora e impulsora de los movimientos culturales— y a medida que los nuevos pueblos o naciones fijan su morada en tierras para ellos extrañas, conviviendo con personas de lengua y cultura distinta, se produce como consecuencia del natural distanciamiento, el fenómeno de la ramificación y diferenciación gráfico-lingüística, que llega a su cénit cuando cada pueblo ocupante fija su residencia y consigue la integración y convivencia con los núcleos originarios hispano-latinos.

A este conjunto de escrituras trazadas en cada una de las nacionalidades instaladas en el antiguo territorio del Imperio, con base y origen común: la escritura latina, en sus diversas modalidades: mayúscula, minúscula, cursiva..., modificada por las particularidades gráficas de la escritura de cada pueblo (más que de cada individuo), desde antiguo, se las denominó «escrituras nacionales».

En este proceso asimilativo de la vieja escritura matriz («nueva romana») por parte de estos núcleos de población, se advierte un doble fenómeno: el de la absorción cultural y gráfica del invasor y, sobre todo, el de la reelaboración y desarrollo de una escritura en plena

evolución, agilizada ahora por un tratamiento nuevo mucho más libre y, por supuesto, sin sujeción excesiva a los viejos arquetipos de una escritura demasiado modélica y canonizada.

La reelaboración, más local y de escuela que individual y personal, de la «nueva escritura romana», dio lugar en la Edad Media, en primer término, a una nutrida gama de tipos mayúsculos, minúsculos y cursivos mucho más variados que en la antigüedad y distintos entre sí, no tanto por razón de su regularidad y formato, sino principalmente por el modo de unión, angulosidad, inclinación, dirección, presión y enriquecimiento.

Por ser escritura más nacional y local (de escuela y escritorio) que imperial (universal) se traza con mayor libertad y sin apenas sujeción a moldes aprendidos ni a los paradigmas gráficos de cada localidad.

Esta libertad y el excesivo aislamiento de tantos escritorios y tipos escriturarios oscurece el grafismo y obstaculiza bastante una de las funciones primarias de la escritura: el servir de medio fundamental de comunicación y transmisión de las ideas y de la cultura.

Las circunstancias económicas, sociopolíticas y culturales del mundo medieval, la estructuración de la sociedad y la propia concepción de la vida explican, en parte, el hecho histórico de que la cultura (enseñanza) se refugie y proteja en las abadías, monasterios y escuelas catedralicias. Al lado de estos centros culturales donde se cultivan las letras, las artes y las ciencias surge el «scriptorium», oficina en la que se aprende a escribir conforme a una técnica propia o imitativa, siguiendo modelos antiguos reelaborados y, en algunos casos, creándolos de propia iniciativa.

El surgimiento de un nuevo y pujante Imperio, el Carolingio (siglos VIII-IX), con estilo propio en el campo socio-económico, cultural y administrativo y el gran deseo de numerosos centros docentes (de nueva creación o restaurados) de encontrar unos tipos escriturarios claros, más rápidos y funcionales que los precedentes, que sirviesen como vehículo transmisor para los distintos pueblos sometidos a la autoridad de los Francos, posibilitan el surgimiento de un nuevo ciclo escriturario: el carolingio, caracterizado por la claridad, redondez, proporcionalidad, simplicidad y elegancia de líneas.

La estructura de esta letra —cuya base remota, según los expertos, había que colocarla en la «nueva escritura romana» de cierta calidad caligráfica y la próxima en las «*escrituras nacionales*» y «*precarolinas*» más evolucionadas— experimenta notable transformación gráfica en cuanto a distribución del espacio, disposición, formato, tamaño, modo de unión, presión y regularidad.

La letra carolina con sus variantes, según las escuelas y regiones, supuso en Europa la vuelta a una escritura universal, mucho más

uniforme y estática que las de los siglos precedentes (s. VI-VIII), pero mejor estructurada y más útil y práctica para la transmisión de la cultura y, sobre todo, para las relaciones interpersonales y nacionales.

Ni la utilización de un material soporte (pergamino y vitela) y de unos útiles escriturarios más perfeccionados, ni el cambio de técnica escrituraria explican suficientemente las transformaciones internas de esta escritura que, al menos en la España occidental, fue más producto de importación, impuesto casi a la fuerza, que de la evolución natural de nuestra escritura nacional: la letra visigoda o mozarábica.

Por ser letra de escuela (académica), sometida a moldes fijos bien controlados y tipificados y, sobre todo, porque el dominio de la escritura o arte de escribir está circunscrito sólo a personas muy cultivadas, en la escritura carolina resalta la unidad genérica y su uniformidad (redondez, verticalidad, proporcionalidad) dentro de una relativa diversidad, proveniente de los distintos sistemas abreviativos, enlaces y ligados, separación de letras y palabras, escasez de rasgos accidentales y formas enriquecidas, etc., que constituyen los principales factores de la modificación gráfica.

Tampoco esta escritura —de escasa libertad creativa— se presta demasiado a un análisis grafológico científico en cuanto a caractereología, expresión, movimiento y personalidad.

Los numerosos textos conservados son producto oficial de calígrafos y amanuenses profesiones, vinculados a las cancillerías, notarías y demás oficinas públicas, o maestros de las escuelas monásticas y catedralicias, cuyos nombres y rúbricas (signos), casi nunca —fuera de los documentos reales y públicos— figuran en la documentación.

Las formas redondeadas de la carolina, su tendencia habitual a la arcada, de movimiento ascendente convexo muy controlado y con pocos enlaces, su apoyatura en la línea de base y sus terminaciones simples, desprovistas de rasgos finales, denuncian la fuerte influencia de la imagen conductora y una excesiva participación y control de la voluntad con pocas posibilidades para la expansión subjetiva.

C) *Escritura moderna (s. XIII-XVIII)*

Durante el siglo XII, la sociedad europea va a experimentar trascendentales y profundos cambios de vida, debidos, sin duda, a los distintos fenómenos de orden político, social, económico, cultural y religioso que se producen a lo largo del mismo.

Baste con citar algunos. En el orden social y económico-político: la aparición de las nacionalidades, reinos y ciudades con estatutos jurídicos propios, el extraordinario desarrollo del comercio, las luchas constantes, la fundación de las Ordenes mendicantes, etc., y, en el artístico y cultural, el paso del románico al gótico, la secularización de

la cultura a raíz de la creación de las Universidades, la difusión del papel como soporte de la escritura y el nacimiento de nuevos caracteres y tipos escriturarios: los góticos (escritura europea por excelencia) y la implantación del romance que lentamente irá suplantando a la lengua matriz: el latín.

La afición a leer y adquirir libros y el aprendizaje de la escritura surgen y se difunden entre el pueblo como consecuencia de una necesidad, sentida a causa de las múltiples relaciones e intercambios comerciales y, sobre todo, por un deseo innato de superación humana, cuya mejor expresión puede sintetizarse en la voluntad de poseer libros, formar bibliotecas y comunicarse por escrito con los demás.

Con el nacimiento de los Estudios Generales, de las Universidades y, sobre todo, con el desarrollo del comercio y transformación de la sociedad, la cultura sale fuera de los claustros y se hace accesible a clérigos y laicos y, ampliando el campo del saber —a través del «trivium» y «quadrivium»— adquiere el rango de universal.

En el cambio escriturario de la carolina —letra sencilla, pausada y de marcada redondez— a la gótica, escritura apretada, quebrada y angulosa, actúan numerosos factores de orden social y cultural a que antes aludíamos. Pero entre todos ellos, desde el punto de vista gráfico, cabe destacar como principal: la nueva técnica escrituraria que reacciona contra el trazado manierístico de la carolina tardía y termina transformándola, debido sin duda a la generalización del papel, que suplanta al pergamino, y a la utilización de la pluma de caña o de ave, más fina y flexible que las precedentes y de corte oblicuo al modo irlandés.

El nuevo útil escriturario permite la exageración de los contrastes entre trazos fuertes y rasgos finos, la verticalización y enderezamiento del ductus, la angulosidad y quebradura de las formas redondas, la rapidez de su trazado, la reducción de astiles y caídos mediante el proceso orgánico de bases, la identidad y fusión de trazos y letras y el sentido de regularidad, proporción y equilibrio conseguidos a base de buen ritmo, cálculo minucioso y una elaboración casi geométrica.

Los caracteres antes descritos corresponden, en general, tanto a las góticas librarias, más caligráficas y geometrizantes, como a las documentarias y cursivas, más rápidas, vivas y personales, pero es precisamente en estas últimas donde más pronto desaparecerá el elemento unificador y modélico que sirvió de aglutinante (en el ciclo carolingio) para sostener la unidad gráfica en toda la Europa latina.

Pienso que la ramificación y transformación de la gótica —madre y prototipo de los variadísimos tipos y grupos de góticas: librarias, textuales y documentarias, con tipificación especial en la letra de privilegios, albalaes, bastarda, cortesana y procesal, esta última en sus

modalidades de encadenada, redondilla, corrida, enredada, simplificada o financiera— se debe más bien al proceso evolutivo y transformación natural de la letra, que recorre distintas etapas: pregótica, gótica pura y gótica deformada, y al nuevo cambio y ambiente histórico-social y cultural que a la simple ruptura gráfica de una letra de tan larga vida y con influjo tan profundo en nuestra escritura actual: la «bastardilla» a través de la letra «renacentista».

En todos estos grupos de gótica, especialmente en las más procesales y cursivas, actúan como fenómenos disgregadores por antonomasia la velocidad y la espontaneidad, fruto del dinamismo y ritmo escriturario y, sobre todo, el carácter utilitario y funcional de la escritura.

A finales del siglo XVI, las escrituras cursivas propias de las escribanías, audiencias y oficinas públicas y, más todavía, las de uso corriente y personal, se habían complicado y degenerado tanto que la autoridad real se ve obligada a intervenir para salvaguardar los derechos e intereses públicos y privados de los súbditos. En distintas ordenanzas y cartas arancelarias, los Reyes Católicos (aa. 1494-1503) declaran escritura oficial de la Cancillería Castellana y demás escribanías del reino «la buena letra cortesana» y proscriben, como degeneración y corrupción de ésta, la «procesal» o escritura empleada en los procesos judiciales.

Los efectos de esta apetecida reforma apenas dieron resultado y sólo afectaron a la escritura oficial, de forma que a la muerte de sus promotores la escritura corriente o procesal cada vez se hace más complicada, de difícil lectura y peor comprensión. Su alto grado de cursividad y, en muchos casos, de irregularidad la convierten en ilegible hasta el punto de que personalidades de la talla de Cervantes («El Quijote»), Santa Teresa de Jesús («Cartas»), Luis Vives («Diálogos»), A. Nebrija («Instituciones»), Antonio de Guevara («Carta a Don Pedro de Girón»), etc., aseguran que ciertas escrituras de su época no merecen nombre de letras, sino de «escarbados de gallina»; su trazado y caligrafía resultan tan complicados que «ni el propio Satanás lograría entenderla».

Los calificativos de «vaga et luxurians», «fatigante y artificiosa», «infame y monstruosa letra de procesos», etc., aplicados por los Humanistas y ciertos pendolistas a todos los tipos de escrituras góticas y procesales son, sin duda, exagerados.

La decadencia y corrupción de ciertas escrituras epistolares y documentales (registros notariales, procesos...) salta a la vista en cuanto a degradación de trazado, pérdida de gusto y ausencia de belleza. Sin embargo, en las escrituras modernas y, concretamente, en algunas procesales y renacentistas, se advierte mayor viveza, personalidad y sol-

tura y, a veces, hasta mayor gracia y belleza que en las escrituras usuales (corrientes) y aún tipificadas del período medieval.

Ya en la escuela de Nebrija se propugnaba la soltura y buen trazo en la práctica de la escritura, considerándose gran signo de erudición y personalidad el escribir bien y con velocidad.

Salvo el aspecto funcional de toda escritura en cuanto medio de alto valor comunicativo y cultural, el hecho escriturario encierra en sí otras facetas tan ricas como las gráficas, que procediendo del campo psicosomático explican y, de algún modo, condicionan no solo la diversidad escrituraria de cada individuo, sino también su variabilidad, atribuible en gran parte a la personalidad y carácter de los distintos sujetos escribientes.

Desde el punto de vista morfológico, las góticas cursivas y, en especial, las procesales modernas (s. XVI-XVII) que enlazan en cuanto al tiempo, cursividad y viveza con nuestra escritura actual, difieren enormemente entre sí. Mientras unas —las más gotizantes, verticalizadas y simples (sin adornos) presentan cuerpos pequeños (si se comparan con los astiles y caídos), sin excesivos nexos y ligados en festón o guirnalda y pocas reduplicaciones de trazo excepto las letras *s* y *f*, en otras: cortesana y procesal, que son de mayor alto grado de cursividad, la letra tiende a ser más redondeada y, por tanto, menos aguda, de mayor tamaño (grande), mejor proporcionada y sin tanto contraste entre cuerpo y astiles, muy ligada (enlaces abundantes) y enriquecida con numerosos rasgueos accesorios y trazos inútiles.

La severa censura aplicada por los hombres del Renacimiento a determinados modelos gótico-cursivos y procesales, aunque equitativa y justa en el aspecto paleográfico (excesivo enriquecimiento artístico u ornamental y grafismo deforme e ininteligible), resulta inexacta desde el punto de vista grafológico.

En el patrimonio gráfico de las edades antigua y media —con marcado predominio de las escrituras monumentales y artísticas de naturaleza estática e impersonales— se refleja mucho más el nivel y ambiente cultural de dichas épocas que el carácter peculiar del autor o autores de los escritos. Pero esta situación de subordinación de lo personal al espíritu y gusto general por el arte y caligrafías propios del tiempo se transforma casi de golpe con el Renacimiento que como afirma Klages: «Abrió un abismo entre el espíritu individual» y «el espíritu de la época» (*«Espíritu y carácter»*, p. 229).

El Humanismo, representante del aspecto cultural y literario del Renacimiento, en su intento renovador de la cultura y de los ideales de vida, vuelve sus ojos al arte y saber clásicos (cultura y modelos) y tras ensalzar los valores personales se ve en la necesidad de crear una escritura: la «renacentista» o «itálica», adecuada al «novo spi-

rito» que, a su vez, sea la expresión de un estilo de vida menos uniforme, más libre y espontáneo.

La escritura moderna, aún en calidad de adquirida y transformada por imperio de la voluntad y de otros factores, es escritura mucho más espontánea y natural, expresiva y personal que sus inmediatas predecesoras. El ritmo, la proporcionalidad y el movimiento expresivo, correspondientes a niveles más altos de cultura y libertad, se hacen patentes aún en los tipos trazados conforme a modelos caligráficos y de mejor ejecución artística. El carácter funcional y espontáneo de la cursiva corriente («usual») explica que junto a sus elementos naturales se vean alterados otros (elementos invisibles) no sólo por el estilo individual y carácter de independencia de cada escribiente, sino también por la firmeza y fuerza rítmica que subyace en su grafismo.

La falta de proporcionalidad, diferencia de longitudes, la presión (mediana o fuerte), los constantes modos de unión (tan inseguros y diversos), la dirección (ascendente o descendente), el ángulo e inclinación y ese conjunto de rasgos sueltos y formas angulosas o redondeadas (dextróginas o sinistróginas) que dan la impresión de escritura desigual e inacabada, se deben, sin duda, a su velocidad y espontaneidad que huye de toda artificialidad y prescinde de formas exóticas y modelos caligráficos, tanto convencionales como amanerados.

En esta escritura subjetiva, independiente y original, comercial y utilitaria se busca más lo natural y espontáneo que el «querer parecer» (apariencia). El arte de escribir, más que un «ornamento» al servicio de la vida, es una manifestación de ésta. La naturaleza y libertad del grafismo, original o odquirido, de esta escritura encaja perfectamente con el carácter, libertad y facultad de inventiva de cada escribiente que, por lo general, se resiste a los límites estrechos, inexpressivos y estáticos de las escrituras artificiosas, excesivamente módicas y caligráficas.

Si la escritura —por definición— es el camino que recorre la pluma desde el punto inicial de la palabra o renglón hasta el final y el camino más corto entre dos puntos es la línea recta, parece lógico concluir que las escrituras góticas cursivas, por naturaleza, deben ser de ductus rápido, de gran movimiento —ya que a la ejecución del natural se une el adquirido—, simplificada en cuanto a las formas de las letras y sobriedad de movimientos, de aspecto poco caligráfico por lo inacabado y desigual, y tendente en sus elementos secundarios (dextrógiros-sinistrógiros, signos abreviativos y de acentuación) a la ondulación, serpentina, guirnalda, curva rápida, brisado, bucleado o línea filiforme.

La variedad de góticas indica que ni siquiera en el campo escriturario existe un único modo de representar la realidad gráfica, conseguida a base de trazos redondeados, en arco o en guirnalda.

En esta escritura redondeada se da, por supuesto, un pequeño cambio de las letras, pero sus movimientos espontáneos y giratorios, máxime en voladizos y rasgos envolventes, son más veloces que las formas contorsionadas y uniones en ángulo, simple o doble.

Cuando el pensamiento y el lenguaje hablado —y esto ocurre especialmente en el romance castellano y en el actual español— son demasiado rápidos, de modo que la escritura apenas puede seguirlos, ésta por razón de la prisa, lógicamente, se hace desigual, escurridiza y filiforme, pero es más vital, más franca y personal y menos reservada.

CONCLUSIONES

1. Las escrituras latinas más antiguas, tanto arcaicas como clásicas, fijadas sobre materiales duros y semiduros: pizarras, piedra, terracota, cera... o blandos: papiro y pergamino, tienen aspecto monumental y, en consecuencia, pesado y lapidario. Su técnica está más próxima al trazado epigráfico y de las inscripciones (grabados), a base de regla, escuadra y cincel o buril, y a los modelos de diseño estático y preconcebido que al ritmo dinámico y creativo de la voluntad y subconsciente en pleno movimiento.

A diferencia del hombre primitivo —que se contenta con el lenguaje hablado y sólo en casos excepcionales se vale del símbolo pictórico o figurativo, en el que predomina la imagen y símbolo representativo de la cosa sobre el ideológico y conceptual—, el hombre antiguo, con un *mínimum* de nivel cultural, ha pasado ya del símbolo al signo, del símbolo pictórico al signo alfabético, de la escritura simbólico-figurativa a la gráfico-comunicativa, aunque sea en un grado *mínimo* de consciente e intencional.

Con todo, las escrituras reposadas y mayúsculas en caracteres grandes parecen más bien diseños y dibujos reproducidos o calcados que creaciones individuales y expresivas de la voluntad. La libertad del escribiente, aun en minúsculas y cursivas, es escasa y predominan las técnicas y ritmos mecánicos uniformes sobre los individuales, que por humanos y personales son más vitales y expresivos.

En ella se advierte más la funcionalidad práctica y deseo de facilitar una comunicación legible y representativa de la cosa (símbolo dibujo) —en consonancia con la sociedad concreta que la utiliza— que la expresión consciente, espontánea y variable, signo de lo individual, de lo autonómico e intencional.

En estas épocas, el arte de escribir es privilegio reservado a grupos y personas de elevado nivel cultural y a aquéllos otros que por oficio ejercen la función de amanuenses y escribientes de profesión. La mayoría de los textos conservados son anónimos o impersonales, ya que sus autores materiales prescinden de todo signo identificativo y, por supuesto, de firma.

Por ser escritura lenta, erguida o verticalizada, generalmente desunida y, en caso de unión (letra cursiva), estrecha, angulosa y poco regular en cuanto a trazado, tamaño y proporcionalidad en las diversas zonas, la letra antigua carece, casi siempre, de fluidez y movilidad. Su trazado, a primera vista, da la sensación de dibujo frío y autocontrolado y, en muchos modelos, manifiesta torpeza, pesadez, vacilación y poco equilibrio, por lo que se refiere al movimiento escritural.

Pienso que en el trazado y modificación de estas escrituras han influido más los mecanismos estructurales: técnica escrituraria, útiles y soportes de la misma, nivel y ambiente socio-cultural que los factores dinámicos y psicológicos.

2. Por lo que se refiere a las escrituras medievales (s. VI-XII), surgidas a la caída del Imperio Romano y predecesoras inmediatas del gran florecimiento cultural (gráfico-literario y artístico) del período carolingio, es preciso subrayar el carácter funcional y utilitario de la escritura que, aparte de transmisora del patrimonio cultural, intenta ser uno de los signos principales de renovación de una Europa, dominada por la triple idea de unidad, orden y prosperidad.

La letra medieval es producto de un doble proceso: el natural y espontáneo, intrínseco a toda escritura y el técnico, impuesto desde fuera como efecto de las presiones ambientales y de la propia reforma carolina que por proceder de distintos focos, quiere una escritura común europea, clara e inteligible y suficientemente ágil para cumplir su principal cometido de transmisora general de la cultura.

Su estructuración —a partir del siglo VIII— en cuanto a elementos estructurales: distribución del espacio, regularidad, tamaño, proporcionalidad, forma y grado de unión, presión, nitidez y velocidad— es muy superior a las predecesoras inmediatas. Sin ser tan rápidos como las cursivas romanas y algunas precarolinas locales, los modelos medievales mantienen cierto ritmo y fluidez, y tratándose de carolinas de buen gusto, son escrituras mucho más simplificadas y nítidas que las imbricadas y erguidas cancillerescas y que los toscos ejemplares locales. Sin embargo, sigue pesando sobre todas ellas no el signo de la torpeza y pesadez, pero sí los ritmos mecánicos de la uniformidad.

La escritura medieval, heredera y continuadora de la romana, muestra caracteres y elementos estructurales autonómicos, pero su

forma redondeada con uniones en arcada y, sobre todo, el excesivo esmero por la regularidad y proporción la convierten en imitativa, desligada y lenta. Mantiene, en consecuencia, los componentes del aprendizaje caligráfico escolar.

Su elevado nivel gráfico, en consonancia con el buen gusto y mejor estructuración, el orden y el uso del pergamino pautado, dependen más de la adquisición ambiental y pericia de escuela que de la aptitud personal y resortes psicológicos conscientes e inconscientes. Por impersonal, estática y de escasos ritmos vitales, la escritura medieval se presta más al análisis crítico y grafotécnico que al psicológico y caractereológico.

3. La escritura moderna (s. XIII-XVIII) —derivada de los distintos tipos góticos y renacentistas y, a su vez, madre de nuestra escritura actual— es mucho más viva e individual que sus predecesoras. Al grafismo natural subyacente en los alfabetos y signos complementarios se unen alteraciones continuas, procedentes de los distintos ritmos vitales, que la hacen expresiva (viva) y llena de movimiento (veloz). La fluidez de nuestros viejos idiomas romanceados y, en particular del castellano antiguo —el más rápido y evolucionado entre los hispanos— requería un lenguaje escrito similar, de trazo rápido y suelto, dirección hacia adelante o hacia atrás, formas anchas, preferencia por las uniones en guirnaldas o en hilo, marcada cohesión (ligazón) y continuidad de movimiento. Consecuencia de lo que acabo de decir —fácilmente observable en las escrituras modernas— las diferencias de longitud y anchura en las distintas zonas de las letras, la colocación imprecisa de las abreviaturas y signos superpuestos, los enriquecimientos secundarios a base de giros dextrógiros y sinistrógiros libres, en consonancia con un sistema abreviativo y de puntuación tan libre como la ortografía y la propia lengua.

Esta escritura expresiva, rápida y ligada corresponde a una sociedad mucho más evolucionada, con capacidad ideativa y más tendente a la creatividad que a la simple imitación. El conocimiento y uso de la escritura se hace indispensable aún para los no dedicados a las ciencias y a las letras. La necesidad de relacionarse y comunicarse constantemente con los demás exige perfecta armonía entre rapidez de ideas, fluidez de expresión, comprensión y espontaneidad gráfica.

Ciertamente que el exceso de movimiento e impulsividad y la falta de freno y control por la poca atención prestada, por desconsideración o por fuga de ideas, pueden convertirla en letra imprecisa, ilegible y desenfrenada (caótica), pero cuando existe un consciente intencional, salvados los elementos constitutivos y, en cierta medida, los estructurales del grafismo, la escritura moderna —por ser más natural, espontánea y expresiva— permite descubrir mejor la perso-

alidad y los fundamentos psicológicos y fisiológicos no sólo de la escritura, sino también de su autor.

4. El estudio y aplicación de las técnicas grafológicas a modelos antiguos, medievales y modernos es mucho más complicado y, por supuesto, mucho más inseguro que el que se hace cuando se trabaja sobre escrituras actuales y de autor conocido. A la impersonalidad e inmovilidad del grafismo antiguo se une la distancia del tiempo, el ambiente y nivel cultural y otros factores de orden material y técnico. Pero creo que aparte del aspecto paleográfico —indispensable en orden a la comprensión, peritación e interpretación del texto— en las viejas escrituras latinas e hispanas existen otras facetas (de distintos órdenes) que podrían ayudar a explicar determinadas alteraciones y cambios escriturarios y, tal vez, a descubrir e identificar la filiación del escrito y personalidad de su autor.

5. Destacados miembros del «Institut de Recherche et d'Histoire des Textes», del «Centre International de Synthèse» y de otros centros y comités de investigación escrituraria, dependientes de Universidades europeas y americanas, v. gr.: J. Mallon, R. Marichal, Ch. Samarán, J. M. Fournier, L. Gilissen, M. Cohen, F. de Lamotte, C. Sirat, M. Pulver, W. Wolff, R. Heiss, J. Moretti, S. Schott, H. Brunner, J. Gelb, A. E. Hughes..., han llegado a la conclusión de que el elemento morfológico —máxime en la escritura antigua— es el más seguro y útil para el discernimiento, descripción e identificación de escrituras y escribanos de otros tiempos.

La aplicación de nuevos sistemas experimentales y psicoanalíticos y de nuevas técnicas de laboratorio (físicas, ópticas, fotométricas, etcétera), al análisis morfológico del grafismo —en cuanto movimiento, distribución del espacio y forma— puede ser, en lo sucesivo, factor decisivo para valorar los elementos más individualizantes y personales de cualquier escritura: el «ductus» y el «estilo», sean estos de carácter personal, local o de escuela.

Angel RIESCO TERRERO
(Universidad de Madrid)